

CICLO B

Sergio César Espinosa

Tu palabra es mi fuerza

Reflexiones para los domingos
del ciclo B



verbo divino

Sergio César Espinosa González

Tu Palabra es mi fuerza

Reflexiones para los domingos del ciclo B

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona,41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Francesc Sala

© 2020, Sergio César Espinosa González
© 2020, Editorial Verbo Divino

Impreso en España - *Printed in Spain*
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA. 799-2020
ISBN: 978-84-9073-606-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Contenido

Presentación	7
<i>Domingo 1 de Adviento</i> Isaías 63,16-17.19; 64,2-7; 1 Corintios 1,3-9; Marcos 13,33-37 «Ojalá rasgaras los cielos y bajaras»	11
<i>Domingo 2 de Adviento</i> Isaías 40,1-5.9-11; 2 Pedro 3,8-14; Marcos 1,1-8 «Consuelen a mi pueblo»	15
<i>Domingo 3 de Adviento</i> Isaías 61,1-2.10-11; 1 Tesalonicenses 5,16-24; Juan 1,6-8.19-28 «En medio de ustedes hay uno...»	19
<i>Domingo 4 de Adviento</i> 2 Samuel 7,1-5.8-12.14.16; Romanos 16,25-27; Lucas 1,26-38 «Hágase»	23
<i>La Natividad del Señor</i> Isaías 62,11-12; Tito 3,4-7; Lucas 2,15-20 Misa de la Aurora «Vayamos hasta Belén»	27
<i>La Sagrada Familia</i> Eclesiástico 3,3-7.14-17; Colosenses 3,12-21 «Volvieron a Galilea»	31
<i>Santa María, madre de Dios</i> Números 6,22-27; Gálatas 4,4-7; Lucas 2,16-21 «Cumplidos los ocho días»	35
<i>La Epifanía del Señor</i> Isaías 60,1-6; Efesios 3,2-3.5-6; Mateo 2,1-12 «Un niño para todos»	39

<i>El Bautismo del Señor</i>	
Isaías 42,1-4.6-7; Hechos 10,34-38; Marcos 1,7-11	
« Mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias »	43
<i>Primer domingo de Cuaresma</i>	
Génesis 9,8-15; 1 Pedro 3,18-22; Marcos 1,12-15	
« Al desierto »	47
<i>Segundo domingo de Cuaresma</i>	
Génesis 22,1-2.9-13.15-18; Romanos 8,31-34; Marcos 9,2-10	
« A un monte »	51
<i>Tercer domingo de Cuaresma</i>	
Éxodo 20,1-17; 1 Corintios 1,22-25; Juan 2,13-25	
« En el Templo »	55
<i>Cuarto domingo de Cuaresma</i>	
2 Crónicas 36,14-16.19-23; Efesios 2,4-10; Juan 3,14-21	
« Nos entregó a su Hijo »	59
<i>Quinto domingo de Cuaresma</i>	
Jeremías 31,31-34; Hebreos 5,7-9; Juan 12,20-32	
« Ha llegado la hora »	63
<i>Domingo de Ramos</i>	
Marcos 11,1-10; Isaías 50,4-7; Filipenses 2,6-11; Marcos 14,1-15,47	
« Bendito el que viene en nombre del Señor »	67
<i>Domingo de Pascua</i>	
Hechos 10,34.37-43; Colosenses 3,1-4; Marcos 16,1-7	
« No está aquí; ha resucitado »	71
<i>Segundo domingo de Pascua</i>	
Hechos 4,32-35 1 Juan 5,1-6 Juan 20,19-31	
« Dichosos los que creen sin haber visto »	75
<i>Tercer domingo de Pascua</i>	
Hechos 3,13-15.17-19 1 Juan 2,1-5 Lucas 24,35-48	
« Ustedes son testigos de esto »	79
<i>Cuarto domingo de Pascua</i>	
Hechos 4,8-12; 1 Juan 3,1-2; Juan 10,11-18	
« Yo soy el buen pastor »	83

<i>Quinto domingo de Pascua</i>	
Hechos 9,26-31; 1 Juan 3,18-24; Juan 15,1-8	
« Permanezcan en mí y yo en ustedes »	87
<i>Sexto domingo de Pascua</i>	
Hechos 10,25-26.34-35.44-48; 1 Juan 4,7-10; Juan 15,9-17	
« Ámense unos a otros, como yo los he amado »	91
<i>La Ascensión del Señor</i>	
Hechos 1,1-11; Efesios 4,1-13; Marcos 16,15-20	
« Ese mismo Jesús »	97
<i>Séptimo domingo de Pascua</i>	
Hechos 1,15-17.20-26; 1 Juan 4,11-16; Juan 17,11-19	
« Hace falta uno »	101
<i>Domingo de Pentecostés</i>	
Hechos 2,1-11; 1 Corintios 12,3-7.12-13; Juan 20,19-23	
« A todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu »	105
<i>Domingo 2 del tiempo ordinario</i>	
1 Samuel 3,3-10.19; 1 Corintios 6,13-15.17-20; Juan 1,35-42	
« ¿Qué buscan? »	109
<i>Domingo 3 del tiempo ordinario</i>	
Jonás 3,1-5.10; 1 Corintios 7,29-31; Marcos 1,14-20	
« El Reino de Dios ya está cerca »	113
<i>Domingo 4 del tiempo ordinario</i>	
Deuteronomio 18,15-20; 1 Corintios 7,32-35; Marcos 1,21-28	
« Este hombre tiene autoridad »	119
<i>Domingo 5 del tiempo ordinario</i>	
Job 7,1-4.6-7; 1 Corintios 9,16-19.22-23; Marcos 1,29-39	
« Para eso he venido »	123
<i>Domingo 6 del tiempo ordinario</i>	
Levítico 13,1-2.44-46; 1 Corintios 10,31-11,1; Marcos 1,40-45	
« Sí quiero »	127
<i>Domingo 7 del tiempo ordinario</i>	
Isaías 43,18-19.21-22.24-25; 2 Corintios 1,18-22,1; Marcos 2,1-12	
« ¿Qué es más fácil? »	131

<i>Domingo 8 del tiempo ordinario</i>	
Oseas 2,16.17.21-22; 2 Corintios 3,1-6; Marcos 2,18-22	
« Le hablaré al corazón »	135
<i>Domingo 9 del tiempo ordinario</i>	
Deuteronomio 5,12-15; 2 Corintios 4,6-11; Marcos 2,23-3,6	
« Vasijas de barro »	139
<i>Domingo 10 del tiempo ordinario</i>	
Génesis 3, 9-15; 2 Corintios 4,13-5,1; Marcos 3,20-35	
« Pondré enemistad »	145
<i>Domingo 11 del tiempo ordinario</i>	
Ezequiel 17,22-24; 2 Corintios 5,6-10; Marcos 4,26-34	
« Siempre tenemos confianza »	149
<i>Domingo 12 del tiempo ordinario</i>	
Job 38,1.8-11; 2 Corintios 5,14-17; Marcos 4,35-41	
« Jesús dormía »	153
<i>Domingo 13 del tiempo ordinario</i>	
Sabiduría 1,13-15; 2,23-24; 2 Corintios 8,7.9.13-15; Marcos 5,21-43	
« Entre la gente »	157
<i>Domingo 14 del tiempo ordinario</i>	
Ezequiel 2,2-5; 2 Corintios 12,7-10; Marcos 6,1-6	
« A ellos te envió »	161
<i>Domingo 15 del tiempo ordinario</i>	
Amós 7,12-15; Efesios 1,3-14; Marcos 6,7-13	
« Ve y profetiza »	165
<i>Domingo 16 del tiempo ordinario</i>	
Jeremías 23,1-6; Efesios 2,13-18; Marcos 6,30-34	
« Vengan conmigo »	169
<i>Domingo 17 del tiempo ordinario</i>	
2 Reyes 4,42-44; Efesios 4,1-6; Juan 6,1-15	
« Se retiró... él solo »	173
<i>Domingo 18 del tiempo ordinario</i>	
Éxodo 16,2-4.12-15; Efesios 4,17.20-24; Juan 6,24-35	
« Buscar a Jesús »	177

<i>Domingo 19 del tiempo ordinario</i> 1 Reyes 19,4-8; Efesios 4,30-5,2; Juan 6,41-51	
« El que cree en mí, tiene vida eterna »	181
<i>Domingo 20 del tiempo ordinario</i> Proverbios 9,1-6; Efesios 5,15-20; Juan 6,51-58	
« El que me come vivirá por mí »	185
<i>Domingo 21 del tiempo ordinario</i> Josué 24,1-2.15-17.18; Efesios 5,21-32; Juan 6,55.60-69	
« ¿También ustedes quieren dejarme? »	189
<i>Domingo 22 del tiempo ordinario</i> Deuteronomio 4,1-2.6-8; Santiago 1,17-18.21-22.27; Marcos 7,1-8.14-15.21-23	
« Escúchenme todos y entiéndanme ».....	193
<i>Domingo 23 del tiempo ordinario</i> Isaías 35,4-7; Santiago 2,1-5; Marcos 7,31-37	
« ¡Effetá! »	197
<i>Domingo 24 del tiempo ordinario</i> Isaías 50,5-9; Santiago 2,14-18; Marcos 8,27-35	
« Era necesario »	201
<i>Domingo 25 del tiempo ordinario</i> Sabiduría 2,12.17-20; Santiago 3,16-4,3; Marcos 9,30-37	
« ¿De qué discutían por el camino? »	205
<i>Domingo 26 del tiempo ordinario</i> Números 11,25-29; Santiago 5,1-6; Marcos 9,38-43.45.47-48	
« No se lo prohíban »	209
<i>Domingo 27 del tiempo ordinario</i> Génesis 2,18-24; Hebreos 2,8-11; Marcos 10,2-16	
« Desde el principio, al crearlos... ».....	213
<i>Domingo 28 del tiempo ordinario</i> Sabiduría 7,7-11; Hebreos 4,12-13; Marcos 10,17-30	
« Lo miró con amor ».....	219
<i>Domingo 29 del tiempo ordinario</i> Isaías 53,10-11; Hebreos 4,14-16; Marcos 10,35-45	
« ¿Qué es lo que desean? »	223

<i>Domingo 30 del tiempo ordinario</i> Jeremías 31,7-9; Hebreos 5,1-6; Marcos 10,46-52	
«Comenzó a seguirlo por el camino»	227
<i>Domingo 31 del tiempo ordinario</i> Deuteronomio 6,2-6; Hebreos 7,23-28; Marcos 12,28-34	
«Para que seas feliz»	231
<i>Domingo 32 del tiempo ordinario</i> 1 Reyes 17,10-16; Hebreos 9,24-28; Marcos 12,38-44	
«Ha dado todo lo que tenía para vivir»	235
<i>Domingo 33 del tiempo ordinario</i> Daniel 12,1-3; Hebreos 10,11-14.18; Marcos 13,24-32	
«Cuando lleguen aquellos días»	239
<i>Cristo, Rey del Universo</i> Daniel 7,13-14; Apocalipsis 1,5-8; Juan 18,33-37	
«Señor, tú eres nuestro rey»	243
<i>La Santísima Trinidad</i> Deuteronomio 4,32-34.39-40; Romanos 8,14-17; Mateo 28,16-20	
«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»	247
<i>El Cuerpo y la Sangre de Cristo</i> Éxodo 24,3-8; Hebreos 9,11-15; Marcos 14,12-16.22-26	
«Por ustedes y por muchos»	253
<i>El Sagrado Corazón de Jesús</i> Oseas 1,3-4.8-9; Efesios 3,8-12.14-19; Juan 19,31-37	
«Mirarán al que traspasaron»	257

Presentación

La vida cristiana comienza cuando se acepta la invitación divina a formar parte de su familia, la Iglesia.

El candidato se prepara paulatinamente para acoger el don de la filiación; es un proceso que se vive en Iglesia. Algunos miembros de dicha comunidad han sido quienes descubrieron y promovieron la vocación del candidato; otros los que lo acompañaron en su proceso catecumenal; y quizás otros más los que celebran juntos el renacimiento sacramental del bautizado.

En nuestras iglesias con larga tradición cristiana, se advierte en menor medida el proceso, pues ordinariamente son los padres quienes presentan a sus hijos para el bautismo. Sin embargo, los elementos esenciales permanecen intactos. Un don de Dios, una gracia que se acoge sin mérito alguno, y se vive y celebra en comunidad, en Iglesia.

Comenzamos a ser cristianos por pura gracia. Ni el adulto que se preparó durante meses o años, ni el niño que es presentado por sus padres, tienen méritos suficientes para ser hijos de Dios.

Si el proceso es más evidente en el caso de un catecúmeno adulto, la gratuidad del don es más evidente en el caso de un niño.

Hijos de Dios por pura gracia.

Ante semejante don, los Padres de la Iglesia no podían menos que sorprenderse. Y expresaron su admiración con palabras que nos pueden parecer exageradas. Hablaron del bautismo, entre otros términos, como baño de regeneración, como participación en la muerte y resurrección de Jesucristo, como divinización de la creatura, y también como iluminación.

He querido poner de relieve que ese don del bautismo, esa gracia de iluminación, conlleva una tarea, la de mantener la lámpara encendida. Para eso hemos de acercarnos a la Palabra de Dios, para que ella ilumine cada paso de nuestra vida. Las re-

flexiones dominicales para el Ciclo A se ofrecieron bajo el título: *Tu Palabra es mi luz*.

Sin embargo, el paso del tiempo hace vacilar la llama de nuestro cirio y en ocasiones parece que acabamos prefiriendo las tinieblas a la luz.

Quien más, quien menos, todos hemos experimentado el cansancio y el debilitamiento en una fe que es constantemente probada. Las fallas que observamos en los demás, en la Iglesia misma, y las fallas nuestras, muchas veces disimuladas a los ojos de los demás, pero casi siempre presentes ante los nuestros, nos pueden llevar a la tentación de abandonar el camino. Nos falta la energía suficiente para avanzar con la mirada puesta en la meta.

La Palabra de Dios se vuelve una vez más indispensable: ¡Tu Palabra es mi fuerza, Señor!

Desde este ángulo quiero presentar ahora esta serie de reflexiones dominicales para el Ciclo B.

Siempre necesitamos la luz, la fuerza y el gozo que nos ofrece la Palabra de Dios.

En el Ciclo B nos guía principalmente el evangelista san Marcos, a quien dejamos solamente unos domingos para que san Juan nos ayude a profundizar el signo del pan de vida (capítulo 6).

San Marcos puede parecer un evangelio sencillo. Los expertos nos dicen que está escrito en un griego más bien pobre y que denota la dificultad de expresarse bien en esa lengua. Y, sin embargo, es muy probablemente el primer intento de narrar la historia de Jesús en esa forma singular que el mismo Marcos denomina «evangelio», buena noticia.

No se trata de una biografía de Jesús, al estilo de las obras modernas que aparecen con esa pretensión. Es un testimonio de fe. Marcos, con los materiales que haya podido recabar de tradiciones orales y quizás algunos escritos breves, nos lega una semblanza del Jesús que es la luz, la fuerza y el gozo de su fe. Un Jesús que es buena noticia; un Jesús que anuncia conversión, pero no por medio de la intimidación, sino por medio de la atracción; un Jesús que muy pronto convoca discípulos, que más que una ayuda parecen ser un estorbo, pero que en el plan de Dios tienen la misión de extender y prolongar la tarea que el Padre le encomienda a su Hijo, al unirlo con Espíritu Santo. Nos encontraremos con Jesús en un lento proceso de formación en favor de sus discípulos; nosotros, como ellos, titubharemos, nos sentiremos asombrados a veces y desilusionados otras veces;

nuestros pasos raramente serán muy firmes, así que tendremos que dejar que sea la Palabra de Dios la que nos fortalezca y nos lleve a descubrir el verdadero rostro de Dios y la profundidad de su amor, no en algún hecho maravilloso, sino en el cuerpo crucificado del Hijo amado del Padre.

Tenemos en Marcos un guía extraordinario, como cada uno de nuestros evangelistas, muy capaz de ser lo suficientemente discreto para no deslumbrarnos con su elocuencia, sino para desaparecer detrás de «*el más grande*».

La Palabra de Dios hecha carne compartió nuestra vida en plenitud. También él experimentó el miedo y la debilidad, como lo expresó en su lucha, su «agonía»; quizás por eso podemos acercarnos con tanta confianza para dejar que sea su Palabra la que nos fortalezca en nuestra vida personal y comunitaria.

Sabemos que los tiempos no son fáciles; quizás nunca lo han sido, pero ahora son nuestros tiempos, los días, los meses, los años de nuestro seguimiento de Jesús.

Los mayores probablemente recordaremos épocas en las que ser cristiano era casi lo «normal». Se era cristiano como parte de una tradición; fuimos fruto de una costumbre que no se ponía en discusión. Sin embargo, eso quedó en un pasado ya distante. Hoy es necesario aprender a ser cristianos a contracorriente. La extrañeza que se sentía en otras épocas al encontrar a alguien que no era cristiano, la sentimos ahora al tener que confesar nuestra convicción de fe ante una gran cantidad de personas para las que aparecemos como reliquias de tiempos idos.

A las persecuciones de antaño, hay que ir sumando las de ahora y hay que aprender a enfrentar también la indiferencia de muchos, que causa el mismo o más pesar que la persecución para quien quiere vivir su fe en plenitud.

Crear nunca fue fácil. Hoy tampoco lo es. Necesitamos la fuerza de la Palabra; necesitamos también la fuerza de la comunión.

Ojalá que las reflexiones que ahora te comparto te ayuden a descubrir la belleza luminosa de la Palabra, su fuerza poderosa y el desbordante gozo de quien aprende a ver con los ojos de Dios.

Por favor, nunca dejes de leer los textos bíblicos propuestos para cada domingo. Ahí está la Palabra. Las reflexiones están al servicio de la Palabra y a tu servicio, pero nunca podrán suplir el encuentro personal y eclesial con la Palabra.

Si además tienes el encargo de predicar, espero que estas reflexiones susciten en ti un diálogo renovado con Dios y sea Él quien te ilumine en la homilía que compartes con su Pueblo. Como bien sabemos, ningún texto escrito por otro nos exime de la responsabilidad personal de escuchar y hablar a nuestra comunidad acerca del mensaje que Dios tiene para esta asamblea, que vas a presidir en su nombre.

Mis reflexiones han discurrido por tres cauces: *Tu Palabra es mi luz* (Ciclo A); *Tu Palabra es mi fuerza* (Ciclo B) y *Tu Palabra es mi gozo* (Ciclo C).

Agradezco a quienes las han hecho posibles al permitirme compartir mi fe con ellos. Agradezco a mis maestros en la fe. Y agradezco a Editorial Verbo Divino que ha tenido a bien hacerlas asequibles a los lectores de diversos países.

Dios, con su Palabra, te ilumine, te fortalezca y llene de gozo tu corazón.

Isaías 63,16-17.19; 64,2-7

1 Corintios 1,3-9

Marcos 13,33-37

«Ojalá rasgaras los cielos y bajaras»

No solemos desearnos un *feliz año nuevo* en estas fechas. Pero hoy estamos comenzando un nuevo año en la vida litúrgica de la Iglesia.

Por razones de tradición que hemos heredado de tiempos muy antiguos, nuestro año comienza el 1° de enero. Pero durante cada año civil celebramos varios «años nuevos»: el inicio de un año más de vida, el inicio de un año más de matrimonio, profesión religiosa u ordenación presbiteral, el inicio del año fiscal, el inicio del año académico y también el inicio de nuestro año litúrgico.

La liturgia de la Iglesia tiene como centro la Pascua de Jesús, con sus semanas de preparación, la Cuaresma, y sus semanas de celebración, el tiempo pascual, que culminan con la fiesta de Pentecostés.

La segunda fiesta en importancia es la Navidad, que también tiene su tiempo de preparación y de celebración.

Es hoy, con este primer domingo de Adviento, cuando comienza nuestro caminar hacia la Pascua del Señor.

En cada una de sus celebraciones la Iglesia une tres dimensiones temporales: pasado, presente y futuro. Por extraño que nos parezca, es el futuro lo que marca la tensión cristiana en su camino a la casa del Padre. Recordamos nuestro pasado, pero no con nostalgia, sino como acicate para poder entender el modo en que debemos hacer vida nuestro presente si queremos alcanzar el futuro en el Reino de Dios.

En este tiempo de Adviento las tres dimensiones de la celebración se irán haciendo presentes en la liturgia para ayudarnos a hacerlas vida.

Por lo pronto y para empezar el año quiero hacer míos los sentimientos de san Pablo. También yo deseo a cada uno en la comunidad «*gracia y paz*», de parte de Dios y de Jesucristo, nuestro Señor.

También le doy gracias a Dios al descubrir una y otra vez la cantidad de dones espirituales que Él ha tenido a bien derramar entre todos ustedes. Hay una riqueza inmensa en cada persona, y mucho más cuando logramos vivir como una verdadera comunidad de fe. Todos esos dones con los que el Señor nos ha enriquecido tienen como finalidad el ponerlos en juego a través de múltiples servicios a fin de ir llevando a plenitud la misión que Dios Padre ha encomendado a su Hijo bajo la guía y con la fuerza del Espíritu Santo.

Tomamos parte en esa misión y la hacemos nuestra cuando ponemos nuestros dones al servicio de la Iglesia y del mundo.

Miren dentro de sí mismos y miren alrededor de ustedes y descubran y agradezcan a Dios los innumerables dones que ha concedido a esta comunidad.

Con ese espíritu de gratitud, nos volvemos testigos, con nuestra propia vida, de los bienes que anunciamos y esperamos.

San Pablo nos invita a volver nuestra mirada al futuro, a esperar la manifestación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, a permanecer irreprochables hasta el fin, hasta el día de su advenimiento para poder unirnos a Él. Esa es la vocación que recibimos y, como dice el apóstol, «*Dios es fiel*». Nos llamó para eso y nos va guiando para ese encuentro gozoso en la vida sin fin.

El mismo Jesús nos ha instruido sobre las actitudes que debemos cultivar en este tiempo de espera: «*Velen y estén preparados*», nos decía hoy en el evangelio, y también «*Permanezcan alerta*», porque, como en la breve parábola se indica, el señor regresará.

No se trata de una espera aburrida ni de una espera angustiada.

Hay ocasiones en las que no nos toca sino esperar inútilmente cuando las cosas se retrasan y trastocan nuestros planes: las personas no llegan a tiempo a las citas establecidas, los transportes no salen a la hora anunciada... y no queda sino esperar, pero en esos casos la espera es casi siempre aburrida.

También hay esperas angustiosas, sobre todo cuando el desenlace es imprevisible: el resultado de los análisis médicos que nos entregarán hasta la próxima semana, la decisión sobre una propuesta importante para un negocio que nos parece crucial, la contestación a una solicitud de empleo que nos urge... en esos casos la espera puede ser más o menos angustiosa.

Pero también hay esperas muy gozosas: la celebración de un acontecimiento feliz, la llegada de una persona que deseamos ver, el nacimiento de un bebé... entonces la espera se llena de actividad y el corazón se va acelerando a medida que se acerca el día o la hora deseada.

Así es la espera del Adviento cristiano, una espera activa y gozosa. Estamos alerta y vigilantes, pero no por el miedo al que viene, sino por el deseo de que no se retrase su llegada ni nos encuentre con la tarea sin terminar.

No hay tiempo para el aburrimiento ni hay motivo para el temor, solo queda espacio para el gozo en la espera de nuestro Señor y Salvador.

Ya en el Primer Testamento, el profeta Isaías nos comunica toda una inmensa e intensa gama de sentimientos ante la inminente venida del Señor.

Es imposible no caer en la cuenta de la gran distancia entre el ideal de vida que Dios nos propone y nuestra manera tan pobre de irlo realizando.

«Nos habíamos alejado muchas veces de tus mandamientos, Señor, habíamos endurecido algunas veces nuestro corazón, habíamos pecado, habíamos sido rebeldes, impuros e injustos, nadie invocaba tu nombre, nadie buscaba refugio en ti... estábamos marchitos como las hojas...»

Lo que dice Isaías de él y de su pueblo sin ninguna duda lo podemos decir también nosotros como comunidad, aunque estemos separados por siglos de distancia.

Esa es también nuestra realidad; la vivimos, la sufrimos y, sin embargo, en lugar de cambiar nuestra manera de actuar, a veces somos eficaces colaboradores en el mal. No necesitamos mirar a otros lados para encontrar culpables, pues nos basta mirarnos honestamente a nosotros mismos: *estamos a merced de nuestras culpas*, como dice el gran profeta.

Pero este humilde reconocimiento no se queda en una introspección culpabilizadora, sino que sale de nosotros mismos para

convertirse en súplica al Señor: «*Ojalá rasgaras los cielos y bajaras*».

«Sí, Señor: “*Ojalá rasgaras los cielos y bajaras*”. Sabemos que *sales al encuentro de quien practica alegremente la justicia y no pierde de vista tus mandamientos*».

A pesar de tener que reconocer nuestra pobre respuesta a tu invitación, no nos llenamos de miedo, sino de esperanza, y deseamos que vengas, porque tú eres nuestro Padre; «*nosotros somos el barro y tú eres el alfarero*».

Las palabras de Isaías no son mera poesía, son toda una convicción profunda que se vuelve oración confiada.

Al iniciar nuestro Adviento, mirémonos, reconozcamos que nos hemos quedado dormidos, no siempre hemos estado alerta y vigilantes, pero, lejos de desanimarnos, acerquémonos a la fuente de nuestra esperanza, a Jesucristo nuestro salvador, y pidámosle lo que ya los santos del Antiguo Testamento pedían: «*Señor, muéstranos tu favor y sálvanos*»; «*Despierta tu poder y ven a salvarnos*»; Señor, «*Ojalá rasgaras los cielos y bajaras*».

Ven pronto, Jesús. ¡Maranatha!

Isaías 40,1-5.9-11

2 Pedro 3,8-14

Marcos 1,1-8

«Consuelen a mi pueblo»

No hay época en la que la Palabra de Dios que acabamos de escuchar a través de Isaías no haya tenido vigencia: «*Consuelen, consuelen a mi pueblo*».

Son muchos los desconsuelos que cargamos los seres humanos y es muy grande la necesidad de una verdadera consolación.

No tenemos que rebuscar en la historia ni viajar a lugares lejanos, pues el desconsuelo nos rodea por todas partes. ¡Cuánto cansancio, cuánta fatiga, cuánta desilusión, cuánta confusión, cuánta enfermedad, cuánto mal en tan diversas y variadas formas!

Pero el profeta no es profeta cuando señala lo obvio.

El profeta solo es profeta cuando en tiempos de desconsuelo se atreve a invitar al consuelo y a la esperanza.

Hoy en día se ha abaratado la palabra «profeta» y se aplica a personas que señalan públicamente el mal que todos experimentamos. Quizás en ciertas circunstancias se necesite valor, e incluso mucho valor para decir esas cosas en voz alta. Pero ese solo hecho no los convierte en profetas.

El profeta suele nadar a contracorriente. Cuando todos piensan que las cosas van muy bien, se atreve a hablar de la ilusión del bien pasajero y exhorta a la conversión lanzando su mirada a bienes más altos. En cambio, cuando todos piensan que las cosas van muy mal, el profeta se atreve a anunciar la esperanza y el consuelo, que no son fruto de un optimismo ingenuo, sino de su fe profunda en el Dios de la vida.

Esto era cierto en tiempos de Isaías y lo sigue siendo ahora.

Muchas cosas van mal, o simplemente no van. El pueblo sufre y Dios nos invita a que lo consolemos.

¿Pero quién lo va a hacer?

Los hombres y mujeres de fe sólida, los que han puesto su seguridad en Dios. Son ellos y ellas los que pueden proclamar la necesidad de enderezar los caminos, de trazar las calzadas, de rellenar los valles y allanar las montañas para que se acerque el Señor y revele su gloria para que todos los pueblos la puedan ver.

Sumidos en el desconsuelo, quisiéramos que las cosas se resolvieran solas. Culpamos a unos o a otros y esperamos que con nuestras quejas las cosas se arreglen y se nos acaben los problemas.

Pero la experiencia nos ha mostrado que esto nunca sucede así. Es preciso que haya quienes proclamen la llegada de la gloria del Señor, pero también es preciso que haya quienes se impliquen decididamente en enderezar caminos, los propios y los ajenos; se ocupa gente experta en rebajar colinas y elevar valles, en enderezar lo torcido y allanar lo escabroso, a sabiendas de que en esta hermosa metáfora no se trata de las colinas y los valles de los demás solamente, sino ante todo de poner orden en la propia vida.

No se van a acabar los corruptos si no se terminan también los corruptores.

No se va a dejar de cultivar y procesar y hacer el trasiego y vender la droga, con toda la desolación y muerte que la suelen acompañar, si no se acaban los que pagan cuanto sea por consumirla.

Y no se van a terminar los adictos, a las drogas, al alcohol, al juego, al consumo, a la pornografía y a tantas cosas más, mientras haya personas que nunca aprendieron que los problemas se enfrentan, se resuelven o se manejan, pero que de nada sirve tratarlos de evadir.

No se van a terminar los que se sienten solos mientras pongamos una cultura en donde se hace residir la felicidad en tener cosas, más que en saber ser amigo y crear relaciones saludables con los demás.

No vamos a deshacernos de la violencia y de la injusticia mientras estos sean los ejemplos cotidianos para los niños en muchos hogares.